

Siste, viator

La epigrafía en la antigua Roma

Antonio Alvar Ezquerro
(coordinador)



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN	9
I	
LA CULTURA EPIGRÁFICA COMO REFLEJO DE UN MUNDO ALFABETIZADO	15
MARC MAYER I OLIVÉ	
¿PARA QUÉ SIRVE ESTUDIAR LA EPIGRAFÍA LATINA?	27
JAVIER ANDREU PINTADO	
EL <i>CORPUS INSCRIPTIONUM LATINARUM</i> : MÁS DE 150 AÑOS CUSTODIANDO INSCRIPCIONES ROMANAS	35
HELENA GIMENO PASCUAL	
LOS TALLERES EPIGRÁFICOS DE HISPANIA	41
JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN	
¿CÓMO Y DÓNDE SE ESCRIBE? TÉCNICAS DE ESCRITURA Y MATERIALES ESCRITORIOS ..	53
JAVIER DEL HOYO CALLEJA	
¿CÓMO SE RECONSTRUYEN LAS INSCRIPCIONES DETERIORADAS?	63
CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ-MARTÍNEZ	
EPIGRAFÍA EN LA ERA DIGITAL. RECURSOS Y HERRAMIENTAS	73
LUIS ÁNGEL HIDALGO MARTÍN	

	<i>Páginas</i>
LOS DIOSES Y LA EPIGRAFÍA	87
JAVIER VELAZA FRÍAS	
EL CULTO A LOS ANTEPASADOS: LA EPIGRAFÍA FUNERARIA	95
RICARDO DE BALBÍN BUENO	
LOS ESPECTÁCULOS ROMANOS A TRAVÉS DE LA EPIGRAFÍA	101
JONATHAN EDMONDSON	
¿QUÉ NOS DICEN LAS INSCRIPCIONES SOBRE EL EJÉRCITO ROMANO?	115
JAVIER MORALEJO ORDAX	
LA VOZ DE LAS MUJERES EN LA EPIGRAFÍA ROMANA	127
NOELIA VICENT RAMÍREZ	
LA EXPRESIÓN MÁS POPULAR: GRAFITEROS ARTISTAS	137
MACARENA CALDERÓN SÁNCHEZ	
LA EPIGRAFÍA POBRE	145
JOAQUÍN L. GÓMEZ-PANTOJA	
LA HISTORIA DE UNA CIUDAD ROMANA A TRAVÉS DE SUS INSCRIPCIONES: <i>AUGUSTA</i> <i>EMERITA</i>	151
JOSÉ MARÍA MURCIANO CALLES	
LAS CREENCIAS EN <i>AUGUSTA EMERITA</i>	161
JOSÉ LUIS RAMÍREZ SÁDABA	
<i>MUTATIS MUTANDIS</i> : LA EPIGRAFÍA PALEOCRISTIANA	173
MANUELA ALVES-DIAS y CATARINA GASPAR	
II	
ANTOLOGÍA DE TEXTOS LITERARIOS LATINOS SOBRE EPIGRAFÍA	181
ANTONIO ALVAR EZQUERRA	
III	
NUESTRO LAPIDARIO	208
IV	
BIBLIOGRAFÍA SOBRE EPIGRAFÍA LATINA	303

LA EPIGRAFÍA POBRE

JOAQUÍN L. GÓMEZ-PANTOJA

Universidad de Alcalá

LA más conocida de las inscripciones antiguas es la sencilla (pero en absoluto discreta: 21 m de larga y letras de bronce de 70 cm de altura) que, desde lo alto del Panteón de Roma, proclama que el edificio fue construido en el año 27 a.C. por Marco Vipsanio Agripa, hijo de Lucio, cuando fue cónsul por tercera vez: *M(arcus) Agrippa L(uci) f(ilius) co(n)s(ul) tertium fecit*. Cabe, pues, que M. Yourcenar también pensara en ese frontispicio cuando puso en boca de su *Adriano* la más sensible descripción de un epígrafe latino: «esas pocas palabras grabadas en la piedra resumen con majestad impersonal todo lo que el mundo necesita saber de nosotros».

Belleza, simplicidad y majestuosidad son cualidades que generalmente siguen al dinero y son características de los epitafios y dedicatorias sacras y civiles que se mostraban en los edificios y calles de las ciudades romanas; algunos de esos monumentos aún perviven re-empleados para otros usos en poblaciones con tradición antigua, como sucede en la Península Ibérica con Barcelona, Braga, Córdoba, Mérida Tarragona e incluso en Alcalá de Henares, donde hay un par de ejemplos de ellos. Ni que decir tiene que

son también la clase de piezas que los museos eligen para sus exposiciones permanentes.

Fuera de las influencias urbanas, lo que se encuentra son las inscripciones que han dado en calificarse como «epigrafía pobre» y que se caracterizan por el uso de soportes de mala calidad o que resultan impropios para el mensaje que contiene. No es raro, además, que tanto la factura de éste como la del soporte sean deficientes, un indicio casi seguro de que fue el propio interesado, y no un artesano cualificado, quien llevó a cabo la talla e incisión del monumento. Tampoco resulta insólito que los epígrafes contengan idiotismos, fórmulas anacrónicas y que los nombres personales se alejen de lo que fue corriente.

El hallazgo de inscripciones con estos rasgos está en relación directa a la distancia geográfica (pero también económica y social) de los grandes centros urbanos, cuya riqueza, potencia demográfica y superior nivel cultural facilitaba la innovación y prestigiaba su empleo. De ahí que las diferencias entre esos usos y el canon de la epigrafía pobre hayan sido consideradas como indicios de la fortaleza de las tradiciones indígenas, cuando prueban

justamente lo contrario: la imparable expansión de los usos y costumbres romanos, que fueron interpretados de acuerdo con las posibilidades económicas, las creencia y tradiciones y el nivel cultural de los imitadores.

Termino esta introducción añadiendo un par de cautelas sobre la supervivencia de los monumentos que nos ocupan y la primera es que, por sus propios rasgos, los motivos para preservarlos son menos acuciantes que si se tratara de otros cuya elegancia, cuidadosa factura y bella talla les otorgan mérito. Y la segunda es que aunque generalmente la epigrafía se ha especializado en el estudio de los textos incisos en materiales duros e imperecederos –piedra y metal, básicamente–, el sentido común (y una visita a la sección egiptológica de cualquier museo), indica la frecuencia con la que madera y el hueso fueron usados en la Antigüedad como soportes de grabación, porque eran materiales abundantes, baratos y fáciles de trabajar, que son características muy apreciadas entre los usuarios de los «epígrafes pobres». Desgraciadamente, la humedad y la temperatura del clima mediterráneo son poco apropiadas para la preservación de las sustancias orgánicas, por lo que los escasísimos ejemplares de madera y el hueso grabados que han llegado hasta nosotros seguramente no responden a la asiduidad de su uso antiguo.

Propongo a continuación tres ejemplos de «epígrafa pobre», entresacados de la abundante casuística peninsular, pero que tienen la ventaja de que son inscripciones del norte de la provincia de Soria que conozco de forma directa.

Bastan apenas 20 Km para que una gota de agua o nieve que caiga frente a Numancia, pero en la orilla norte del Duero, y no desagüe en el Atlántico sino que vaya en dirección contraria, hacia el Mediterráneo. Y si los caprichos de la orografía condicionan de tal modo un fenómeno natural, sus

efectos sobre los sorianos que habitan las laderas septentrionales del borde montañoso de la Meseta no pueden haber sido menores: a pesar de encontrarse equidistantes de la capital provincial y de las riberas del Ebro, tradicionalmente han mirado hacia el norte, porque la Depresión ibérica es un importante corredor natural, con horizontes abiertos, mejores tierras que las propias, clima más temperado y mayor y más densa población. No en vano, pues hasta el Concordato de 1953, las poblaciones de las reborde montañoso de la orilla meridional del Ebro estuvieron bajo la cura de los obispos de las ciudades ribereñas –Calahorra, Tarazona, Zaragoza–, una dependencia territorial que parece calcada de la jerarquía urbana que describió la *Historia Natural* pliniana a mediados del siglo I d.C. La dificultad es que el viaje hacia el Ebro –que sigue exactamente la misma ruta que el agua antes mencionada– continua siendo, incluso con la mejora de los caminos del pasado siglo y los medio de transporte actuales, una jornada larga y ardua por el accidentado relieve.

Incomunicación y apartamiento de los lugares socialmente activos equivalen a estar en la umbría de la Historia, lo que explica que el expediente arqueológico de las Tierras Altas de Soria sea muy delgado y hasta hace siglo y medio, inexistente; quizá por ello se supuso que se trataba del solar de los pelendones, que es posiblemente la más trasparente de las etnias celtíberas. La hipótesis se reafirmó a fines del siglo XIX, al compas de lo hallazgos de ajuares de tumbas y ya empezado el siglo siguiente, cuando las excavaciones en Numancia propiciaron la prospección arqueológica de los alrededores del célebre yacimiento y comenzaron a encontrarse lugares fuertemente amurallados en un lado y otro de la sierra de Alba. Tanto las necrópolis como los vestigios encontrados en esos poblados fortificados se conformaban con lo que entonces se consideraba que era el grupo

humano predominante en la Europa no mediterránea, los celtas.

Pero fue a partir de fines de los años setenta del pasado siglo cuando comenzaron a descubrirse unos singulares epitafios que, por el momento, constituyen el testimonio más relevante sobre la identidad de los habitantes de esas comarcas. Se trata de inscripciones grabadas sobre soportes de piedra local –en este caso esquistos–, sin tallado alguno si se extraían lajas alargada de dimensiones adecuadas para mantenerlas hincadas verticalmente y con suficiente espacio para contener el letrero y su decoración; si eso no se lograba, las lajas se cantearon someramente para obtener las características antedichas. Solo se alisó la cara que iba a ser grabada y este proceso se ejecutó siguiendo un esquema repetitivo: tres campos dispuestos horizontalmente, de los que el superior lo ocupan una o más figuras ultracirculares rematadas por abajo con sendas líneas horizontales, de modo que en algunos casos asemejan la letra omega; en otros son óvalos y hay también círculos completos, sobrepuestos a una línea o secados por ella. Sin duda se trata de representaciones esquemáticas el busto del difunto o difuntos, porque a cada uno de ellos le corresponde un emblema. El segundo registro contiene el epitafio, con las particularidades que se examinan a continuación, mientras que en el campo inferior se representó un animal –generalmente un bóvido, pero también hay equidos y venados–, cuyo número, sexo y edad se ajusta al de los difuntos.

Se trata en todos los casos de epitafios escritos en lengua y alfabeto latinos y que siguen las reglas y manierismos propios de esos monumentos en todo el Orbe, sólo que adaptados a las peculiaridades de ese grupo social. Como ejemplo, tómese la lápida de Pontia, que está en la fachada de la iglesia de Santa María de Yanguas, donde fue descubierta y dada a conocer a mediados de los años 80 del pasado siglo.



FIGURA 1. Epitafio de *Pontia Onse* (Yanguas, Soria).
Foto: Joaquín L. Gómez-Pantoja.

Como puede juzgarse por la foto adjunta (figura 1), y a pesar de estar mutilada por el lado derecho y por abajo, su contenido es fácilmente inteligible. Quienes la dieron a conocer notaron la presencia del emblema de la cabecera pero centraron su atención en el letrero: tratándose de un epitafio con la ordenación de datos y las formulas habituales y en el que la difunta porta un nombre familiar y un patronímico característicamente latinos, restituyeron las dos o tres letras perdidas en el lado derecho de la lápida *more urbano*, porque *Naso* fue un nombre muy popular en todo el Imperio y *Consilia*, aunque raro, es un cognomen femenino atestiguado

en *Ostia*. En consecuencia, el texto reconstruido fue presentado como sigue:

*Ponti[a C]/ons(i)li[a / Na]/sonis [fili] /
a hic se[p(ulta)] / est an(norum) X[- - -] / - - - -*

Aquí está enterrada Pontia Consilia,
hija de Nasón, de (más de 10) años

Unos par de años después de este primer hallazgo, en El Collado, una pedanía del municipio de Oncala, apareció otro epitafio (figura 2) que conserva íntegros los elementos canónicos del grupo: el busto en la cabecera, que indica que se trata de un entierro individual y en el que la línea horizontal, que marca los hombros, sirve también para delimitar la extensión del letrero. Nótese en éste el modo grosero y desordenado en que se trazaron las letras, apenas incisas en la piedra y la divergencia en el trazo de la L, que en un caso tiene la forma habitual de la capital mayúscula y en el otro es caudada, es decir, la grafía de la capital cursiva. Las abreviaturas empleadas son rutinarias, salvo la última y su uso y los tres nexos o ligaduras de letras, hacen sospechar que quien grabó el texto, abusó de brevedad. Finalmente, en el pie de la estela, el emblema animal, un toro con cornamenta, cruz y genitales bien marcados; el difunto era, por lo tanto, un varón.

*D(is) Ma(nibus) / Aeonso h(ic) s(itus) e(st) /
an(norum) LXXX c(ura)v(erunt) / fili(i).*

Dedicado a los dioses Manes. Aquí yace Aeonso (o Emilio Onso), de 80 años. Los hijos se encargaron (de hacerlo).

A diferencia del caso de *Pontia*, el editor vaciló entre asignar al difunto un nombre bárbaro o considerarlo un ejemplo más de antropónimo que combina elementos latinos e indígenas, esto es, *Ae(milius) Onso*.

Finalmente, una decena de años después, un tercer hallazgo, en Navabellida (otra pedanía de Oncala), ha procurado un doble epitafio al que le faltan los preceptivos bustos de la parte superior, mientras que



FIGURA 2. Lápida de *Aemilius Onso* (El Collado, Oncala, Soria).
Dibujo: Eduardo Alfaro Peña.

la cifra de la edad del segundo difunto y las representaciones de animales se borraron con el desgaste de la piedra (figura 3). Como en el caso anterior, el texto se grabó de forma grosera, con letras de tamaño desigual, algunas apenas incisas y otras repiqueteadas con un punzón. Pero el epitafio es de especial interés porque presenta los nombres en nominativo y sin abreviar, lo que se considera indicio fecha temprana en lugares de Hispania con mayores cuerpos epigráficos.

A[nt]estia / Onse Mur/rani filia / annorum XXV, / hic s(epulta) e(st) // Aemilius / Seranus / Flavi f(i)lius, / annorum / [?] hic s(epultus) e(st).

Aquí está enterrada Antestia Onse, hija de Murrano, de 25 años / Aquí yace Antestio Serano, hijo de Flavo, de ? años.

Gracias a esta inscripción puede rectificarse la lectura de las dos anteriores, porque en la de *Pontia*, el cognomen debe leerse *Onse* (con la vocal final en forma cursiva, esto es, escrita II) y su patronímico como *[On]sonis*, a partir del ya seguro *Ae(milius) Onso* de la figura 2.

Rusticidad y nomenclatura son pues los rasgos definitorios estas estelas, ya que a los antropónimos mencionados añaden otros que no están atestigüados en ningún lugar de Hispania: *Agirsenus*, *Aran-cisus*, *Attasis*, *Bugansonis*, *Lesuridantar*, *Oandissen* y *Sesenco*. Nombres similares aparecen en las laderas septentrionales del Pirineo occidental, esto es, la Gascuña francesa y de forma aislada, en la zona media de Navarra, y en áreas ibéricas del valle del Ebro y Levante; de ahí que ahora tiendan a relacionarse con el vasco antiguo o vasco-aquitano, sobre todo después de que *Sesenco* resultase ser un nombre transparente en el vascuence actual y que significa «novillo», que es precisamente el animal dibujado en el pie de su epitafio. 🐄



FIGURA 3. Epitafio doble de Antestia Onse y Aemilius Seranus (Navabellida, Oncala, Soria). Foto: Joaquín L. Gómez-Pantoja.

Siste, viator: La epigrafía en la antigua Roma se concibe como una introducción tan amena como rigurosa a uno de los aspectos más interesantes de la apasionante civilización que nos legó la antigua Roma: la epigrafía. O, lo que es lo mismo, la utilización de la escritura sobre cualquier tipo de soporte –preferentemente soportes duros para garantizar su legibilidad a muy largo plazo– y para transmitir cualquier tipo de mensaje, desde los más humildes grafitos a, en ocasiones, mensajes de carácter literario y, más en concreto, poéticos. En este volumen se ha querido aunar la



descripción de este fenómeno cultural y la explicación de muchos de sus múltiples significados e intereses, junto con una nutrida colección de imágenes donde se muestra el propio objeto epigráfico, cuya variedad material resulta asimismo admirable. Además, se recoge también una antología de textos de los propios romanos antiguos, que muestran hasta qué punto el hábito epigráfico era para ellos una realidad cotidiana. Para todo ello se ha contado con muchos de los mejores especialistas en epigrafía latina tanto españoles como de fuera de España, que han sabido transmitir su enorme caudal de conocimientos de manera asequible y atractiva para cualquier lector interesado.

ISBN 978-84-17729-06-6



9 788417 729066



Universidad
de Alcalá